

Alexis Ragougneau

La madona de Notre-Dame

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Gran parte de esta novela transcurre en Notre-Dame, en París, por lo que los lugares donde se desarrolla la trama resultarán familiares a los visitantes, tanto habituales como ocasionales, de la catedral.

Los acontecimientos y personajes descritos son, por el contrario, imaginarios.

Lunes

—Tenemos una alerta de bomba, Gérard. En el deambulatorio. Esta vez, la cosa va en serio, no es ninguna tontería.

Con un hombro apoyado en el marco de la puerta, y su gigantesco manojo de llaves colgando del brazo, el vigilante observaba al sacristán abrir uno a uno los armarios de la sacristía y sacar trapos, esponjas y productos para limpiar la plata, mientras mascullaba a intervalos regulares imprecaciones de su invención.

—¿Me escuchas, Gérard? Deberías ir a echar un vistazo, hazme caso. En quince años de carrera nunca había visto nada igual. Hay lo suficiente para hacer saltar por los aires la catedral entera.

Gérard interrumpió su búsqueda y por fin pareció prestar interés al vigilante. Este acababa de colgar el llavero de un simple clavo que sobresalía de la pared revestida de madera de la sacristía.

—Más tarde, si quieres, iré a echarle una ojeada. ¿Satisfecho? ¿Te vale con eso?

—¿Qué te pasa hoy, Gérard? ¿Es que ya no tienes tiempo para las cosas prioritarias?

—Mira que eres pesado, de verdad. Llevo treinta años trabajando aquí; y todos los años lo mismo, el 15 de agosto me dejan siempre la sacristía hecha una leonera. Y yo, al día siguiente, no consigo encontrar nada. Me tiro dos horas ordenándolo todo. Joder, ni que fuera tan complicado. Vienen, se ponen las casullas, hacen la procesión y dicen misa, vuelven, se quitan las casullas

y, adiós muy buenas, hasta el año que viene... ¿Para qué narices tienen que andar revolviendo en los armarios?

—¿Qué has perdido, Gérard? Dime.

—Mis guantes. Mi caja de guantes para la plata. Si no me los pongo, me hago polvo las manos con esa asquerosidad de productos.

—¿Quieres que te ayude a buscar? Ahora tengo un rato, acabo de abrir.

—Déjalo, no hace falta, ya los he encontrado. Qué les costará dejar las cosas en su sitio, santo Cristo de Palo...

El vigilante rebuscó en su bolsillo, metió unas monedas en la ranura de la máquina de café y apretó el botón. Se despidió del sacristán con un gesto y, cuando ya tenía el vasito humeante en la mano, echó a andar de vuelta hacia la catedral. Gérard lo alcanzó en el pasillo.

—Bueno, entonces, esa bomba que me decías... ¿vale la pena que le eche un ojo?

—No le falta de nada, te lo aseguro: tiene su tictac, su temporizador y sus barras de dinamita.

—Bueno, pues ya me acercaré luego, antes de la misa de nueve. A lo mejor todavía sigue ahí. Y ¿dónde dices que está escondido el artefacto explosivo?

—En el deambulatorio, delante de la capilla de la Virgen de los Siete Dolores. No tiene pérdida.

La nave empezaba a llenarse lentamente de su cupo cotidiano de turistas, compuesto a esa hora, entre las ocho y las nueve de la mañana, en su mayor parte por orientales: la catedral constituía la primera parada de un programa que a continuación habría de llevarlos, en una misma y única jornada, al Louvre, a Montmartre, a la torre Eiffel, a la Ópera y a las tiendas del bulevar Haussmann.

Gérard empujaba su carrito cargado hasta arriba de cajas de cartón, deteniéndose delante de cada capilla lateral. Con un gesto mecánico, abría la tapa de cada caja y la levantaba, desvelando un montón de cirios con la efigie de la Virgen, que a continuación colocaba en unos expositores a medida. Encima del distribuidor de cirios podía leerse en letras luminosas, en varios idiomas:

Importe orientativo de la ofrenda: 5 euros. Gracias. Luego, con el mismo gesto hastiado, el sacristán vaciaba las bandejas metálicas vecinas en las que, el día anterior, varios centenares de cirios se habían ido consumiendo, y hacía hueco para una nueva alineación de velas, oraciones y palabras de esperanza dirigidas a María. Un poco más tarde, otro empleado pasaría a vaciar con unas bolsas de tela especiales los contenedores llenos de monedas y billetes. Había expositores similares por toda la catedral, repartidos en lugares estratégicos, al pie de las estatuas, bajo los crucifijos y en las capillas destinadas al recogimiento de los fieles. La mañana se anunciaba interminable, como los quince años que lo separaban de la jubilación, un largo camino jalonado por decenas de miles de cajas de cartón llenas de cirios con la efigie de la Virgen María.

Gérard suspiró antes de seguir con su ronda. Como todos los días desde hacía años, la señora Pipí, sentada como siempre en la misma silla junto a la Virgen del Pilar, tocada con su invariable sombrero de paja con flores de plástico rojas, le lanzó una invariable mirada asustada y abrió la boca para dirigirle la palabra. Como todos los días desde hacía años, invariablemente, la señora Pipí no se decidió y, como única conversación, se santiaguó. Con un poco de suerte dejaría en paz a Gérard el resto de la mañana para que pudiera terminar su ronda. E, invariablemente también, la vieja loca terminaría por quedarse dormida, no sin antes dejar escapar un chorrillo de orina, que luego habría que ir a enjuagar con la fregona.

Un poco más lejos, el sacristán saludó a dos empleadas de la limpieza que terminaban de barrer el crucero norte, impuso silencio a un grupo de chinos cuyo cacareo resonaba en toda la catedral, todavía en calma a esas horas, y luego avanzó, empujando su carrito, por el enlosado blanco y negro del deambulatorio. Entonces se acordó de su colega, el vigilante. Y enseguida la vio. O, mejor dicho, la vislumbró en la penumbra.

Ahí estaba la bomba, en efecto, al fondo del deambulatorio, perfectamente inmóvil, sola; parecía delicadamente colocada sobre el banco situado delante de la capilla de la Virgen de los Siete Dolores. Gérard se aproximó y se puso a vaciar la bandeja de

cirios más cercana. Las escasas velas encendidas por los primeros visitantes del día proyectaban más sombras que luces, por lo que, más que un cuerpo, vislumbró una silueta, más que un rostro, un perfil. Iba ataviada con un corto vestido blanco cuyo tejido, finísimo, se ceñía a cada curva, a cada línea de su carne. El negro cabello, del que se escapaba aquí y allá algún reflejo tornasolado, le caía sobre los hombros y el cuello como un río de seda. Sus manos, unidas en una posición de plegaria infantil, descansaban sobre sus muslos desnudos. Sus pies, muy juntos bajo el banco en una clásica postura de colegiala, estaban calzados con unos elegantes zapatos de tacón alto cuya blancura acharolada atraía la mirada y realzaba los tobillos, muy finos, y las pantorrillas, bien torneadas, de la joven.

Gérard se quedó absorto en la contemplación de esa admirable silueta, olvidando por un momento sus cajas de cirios, su carrito, sus pejugueras y la monotonía de su empleo de sacristán. Sin embargo, no tardó en sacarlo de su ensoñación el ruido de una radio, la que llevaba a la cintura y en ese momento escupía su nombre.

—Vigilante a sacristán... ¿Gérard?... Gérard, ¿me recibes?

—Sí, te oigo. ¿Qué quieres?

—¿Te has acercado a verla?

—Estoy justo delante.

—¿Sigue ahí?

—Sí. Sin moverse lo más mínimo.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Totalmente explosiva... Tenías razón.

Devolvió el walkie-talkie a su sitio, mientras la risa del vigilante resonaba todavía, y, como sin ganas, terminó de vaciar la bandeja de cirios. Detrás de él entraba ya en el coro un puñado de fieles. Pronto empezaría allí la misa de nueve. Tenía que preparar los accesorios litúrgicos necesarios. Esa mañana oficiaba el padre Kern, que no toleraba la impuntualidad.

Algo más tarde se le presentó de nuevo la ocasión de recorrer el deambulatorio. Acababa de atascarse un pensador automático de medallas con la inscripción *Ave Maria Gratia Plena*, y una corpulenta turista norteamericana torturaba la tecla de

devolución del cambio. En el coro, la misa seguía su curso. Con su voz metálica y autoritaria, el padre Kern declamaba la homilía del día, sumiendo la catedral en un silencio respetuoso. Mientras abría la compuerta de la máquina distribuidora de medallas, y las monedas bloqueadas caían una a una, como al fondo de una hucha, Gérard miró de reojo a la joven vestida de blanco. Estaba ahí, no se había movido, seguía con los pies muy juntos y las manos unidas sobre los pálidos muslos. Fuera de la catedral, en su ascenso en el horizonte el sol golpeaba de lleno el eje de la capilla y, atravesando la vidriera oriental, empezaba a bañar el rostro diáfano de la joven con un halo rojo y azul digno de una madona de Rafael. Inmóvil en su banco reservado a la oración, protegida por un cordón que la aislaba de los visitantes y le confería la apariencia de una reliquia sagrada, la joven observaba la estatua de la Virgen de los Siete Dolores con una mirada extrañamente vacía.

Gérard cerró la compuerta de la máquina dispensadora de medallas y dio unos pasos inseguros hacia la muchacha de blanco, pero la turista norteamericana se le adelantó. Sacó un billete del bolso, lo metió en la ranura del expositor y cogió cuatro cirios que colocó en hilera en la bandeja vecina antes de encenderlos uno a uno. Su luz titubeante terminó de iluminar el rostro de la madona.

La turista se santiguó y luego se acercó al banco. En un murmullo marcado por un fuerte acento le preguntó a la joven de blanco si podía sentarse a su lado para rezar. Esta, invariablemente inmóvil, con la mirada fija como un imán sobre la estatua de la Virgen de los Siete Dolores, no se dignó contestar. La norteamericana, tras repetir su pregunta, que tampoco esta vez obtuvo respuesta, acabó por colocar las posaderas en el banco, cuya madera crujió ligeramente por el esfuerzo. Entonces, como a cámara lenta, como en una pesadilla surgida de lo más hondo de la noche, la madona blanca movió lentamente la cabeza. Su barbilla se apoyó en su pecho, y, suavemente, casi con gracia, su cuerpo entero se inclinó hacia delante antes de desplomarse sobre el suelo.

Entonces la norteamericana gorda se puso a gritar.